



DAMAJI

Por Ada Albrecht

Sabido es que mientras la criatura humana mantenga una fuerte relación con su ego, la manifestación de su energía divina será absolutamente imposible. Mientras estemos afe-rrados a lo que vemos, gustamos, palpamos, respiramos, y oí-mos indiscriminadamente, mientras nuestra fuerza dimane de la mente y sus relaciones con los sentidos, sólo estaremos ca-pacitados para vivir —por así decir— “en el regazo de Mamá”, como los niños que por sus pocos años carecen de la energía necesaria para valerse por sus propios medios. Así como a los niños de pocos meses los cargan en brazos las personas mayo-res, a los hombres de ego muy marcado, los acuna la Madre *Mâyâ*, esto es, el mundo y sus leyes. En sus brazos, conocen la felicidad, el amor, la fortuna, la gloria, pero también sus con-trarios, esto es, el dolor, el odio, el fracaso, la enfermedad, la pobreza, la muerte.

Es inútil buscar tan sólo a las primeras, pues inexora-blemente se hallarán también a las otras, y esto, porque una de las características de Nuestra Madre es la ambivalencia. Ella

nos sujeta “a su falda”, por el “cordón umbilical” del yo, de modo que hasta tanto no poseamos el poder —esto es, el Amor— como para cortar su cuerda, allí estaremos, en un eterno ir y venir desde la casa del dolor, a la de la felicidad, desde la casa de la muerte a la vida, y viceversa. Nuestra Madre —como todas las madres— nos quiere para sí, nos ofrece mil paraísos, con tal de mantenernos a su lado. Al que anhela gloria, le ofrece gloria, al que anhela fortuna, con poco que se empeñe, si lo hace con decisión, no tardará en otorgársela. Es cierto que luego vendrán dolores y fracasos, mas, en el momento de las grandes ilusiones y esperanzas, poco tenemos en cuenta “lo que vendrá”, tibiamente abrigados por el dulce y susurrante deseo.

Mientras la mayoría de las criaturas humanas, se sienten cómodas en el mundo tal como éste es, y no solamente cómodas, sino partícipes de cuanto sucede en él, misteriosamente, ha existido desde siempre un grupo de las mismas criaturas, que ha observado de soslayo la vida en esta Tierra y sus innumerables altibajos como si buscaran algún otro modo de Ser. Quienes para hallarlo se valieron de la razón, resultaron inventores de la filosofía; quienes se apoyaron en la fuerza del sentimiento, escalaron la difícil cuesta de la santidad.

El ser humano común se conforma con tener la conciencia de un yo; el santo es ese mismo ser humano que, en oportuni-

dad de tiempo, se da cuenta de que ese “yo” no sirve para nada, como no sirve para nada el hermoso castillo de arena que levantan los niños junto a las playas.

El viento, el mar, el menor roce, terminan por desmoronarlo. El santo sabe, por Gracia Divina, que la Vida Verdadera y la Suprema Realidad se hallan lejos de cuanto se enmarca dentro del tiempo y el espacio. A la minúscula conciencia del yo, se opone la infinita Conciencia Cósmica: es esta última la que conquistan los santos, y la conquistan valiéndose de una única manera; saturando el espíritu de Amor.

Contemos ahora la vida de uno de esos extraños —por lo Divinos— seres de Santidad. En Mangalaveda¹, durante el reinado de Bidar Badashah², vivía un alma generosa, profundamente devota de Dios, a quien rendía culto diariamente con todo su corazón. Desafortunadamente para él, trabajaba para el Rey como cobrador de impuestos. Anualmente, el soberano enviaba una fuerte escolta a Mangalaveda para llevar a la capital de su reino inmensas cantidades de granos y especias, que era el modo en que los campesinos del lugar pagaban al rey por el usufructo de sus tierras.

¹ Mangalaveda es una ciudad del gran estado de Maharashtra, ubicado en la región centro oeste de la India. Mangalaveda es llamada también “la ciudad de los santos”, a causa del gran número de seres de santidad que vivieron en ella.

² En el S. XV dC.

Así pues, la casa de Damaji poseía inmensos graneros en los que se almacenaba todo lo recolectado en muchas aldeas.

Un año, sin embargo, sucedió una catástrofe: se secaron los ríos, no cayeron las lluvias, y la población moría por falta de alimentos. Una pobre mujer había perdido tres de sus cinco hijos, y los otros dos se hallaban en un estado lamentable de inanición. Como sabía del corazón generoso de Damaji no vaciló en acudir a él, con la buena fortuna que era de esperar. Damaji abrió las puertas de uno de sus graneros, entregando a la mujer gran cantidad de semillas, como para sobrevivir durante meses. La noticia corrió de boca en boca y, como se forma un relámpago en una noche de tormenta, así la esperanza formó su cuerpo de luz en el corazón de miles de desdichados. En poco tiempo, un ejército de incontables almas marchaba hacia la casa de Damaji en procura de alimentos.

Al verlos llegar, Damaji creyó que la misma diosa de la Miseria lo visitaba. Aquí y allá caían cuerpos desmayados por la hambruna, y hasta murieron algunos niños en sus jardines, sin poder ser auxiliados a tiempo.

Lloraba el bueno de Damaji ante tanto dolor, y sin detenerse a pensar ni por un breve instante en las consecuencias que le acarrearía su acción, entregó las llaves de sus almacenes de granos a los allí reunidos, diciéndoles estas palabras:

—Lo que nuestra Madre Tierra nos da, es para sus hijos, y quienes más derecho tienen a sus frutos son los necesitados. Dios Nuestro Señor, nos proteja a todos de la furia del Rey.

Diciendo esto, él mismo ayudó a cargar en grandes sacos los cereales allí almacenados, hasta que no quedó ni uno solo de ellos en sus vastos graneros.

Un contador, a quien la buena fama de Damaji llenaba de envidia, no vaciló en informar al Rey acerca de lo ocurrido, sobre cómo Damaji había arrojado los tesoros del soberano a los pies de tantos desdichados.

Es de imaginar la cólera del Rey, quien de inmediato, dispuso de un batallón de soldados, ordenándoles fueran a buscar a Damaji y lo trajeran a la corte para ser castigado como se merecía por su conducta.

Damaji sabía que por su acción le correspondería la pena de muerte, de modo que, ya enfrentado a los soldados, pidió una gracia: la de visitar el Templo de Nuestro Divino Señor, el compasivo Vishnu, a fin de tener una última visión de su Sagrada Imagen. Los soldados del Rey no vacilaron en concederle este favor ya que todo el mundo, hasta ellos, sabían que Damaji era la encarnación misma de la bondad y el espíritu de fraternidad. Ya en el Templo, éste oró así:

—Misericordioso Señor de todo lo creado, voy a morir, pero qué puede importar la pérdida de esta pequeña vida, com-

parada con la gloria de haber servido a Tus criaturas. En verdad, me has hecho el hombre más afortunado de la Tierra y es por eso que vengo a darte las gracias, pues te has valido de mí, un hombre humilde, para beneficiar a tantas familias que ya no padecerán mil y un infortunios, atenazados por el hambre. Abrazó los pies de su Divino Señor, derramando lágrimas de gratitud, y regresó luego a la tenebrosa comitiva que lo aguardaba a la puerta del Templo, para proseguir su último viaje hacia el palacio.

Sin embargo, los designios de Dios eran muy diferentes a los que Damaji imaginaba, esto es, su propia muerte en manos del Rey.

En India, la consorte de Vishnu es la Divina Madre Lakshmi. Según los hindúes ésta vela constantemente por toda la Creación universal. Es Ella quien esparce las semillas en los innumerables caminos, a fin de que no falte alimento para Sus hijos los pájaros, Ella quien cuida el brote de cada hojuela, Ella quien perfuma cada corola, Ella en fin, quien distribuye amor, belleza y plenitud a cada cuerpo donde Nuestro Señor aloja la Vida. Ella está cuando nacemos, a nuestro lado, y acuna nuestras almas en el viaje final. La Madre Santísima, la Divina virgen Lakshmi distribuye y controla con precisión maravillosa, las riquezas de Dios en la vastedad oceánica del mundo. Le do-

lía pues, en su corazón, la injusta desgracia que estaba a punto de caer sobre el bondadoso Damaji.

—¿Cómo se las ingeniará mi Señor —preguntó a Vishnu—, para salvar de semejante impropio destino a Su hijo? La recompensa de tamaño amor, jamás puede ser una muerte vil, a menos que hayan causas que sólo Usted conoce para que ello suceda.

Sonrió Vishnu, iluminando con este gesto la inmensidad del universo.

—No —dijo—, no puedo abandonar a mi hijo, pues sería una injusticia peor que la del Rey. Ya verás lo que hago.

En India existe la creencia, o mejor dicho, la absoluta certeza de que Dios Nuestro Señor se transforma en el siervo de Sus siervos a través del Amor. Esto es, que cuando una criatura humana pone al Señor en el centro de su corazón como razón capital de su existencia, Dios nunca puede abandonarlo, bajo ninguna circunstancia, por imposible que parezca que la intervención divina se dé en ella.

Esta creencia, se hallaba pronta a ser demostrada una vez más.

Efectivamente, delante del Rey se apareció un sirviente de nombre Vitu, que portaba una bolsa colmada de monedas de oro.

—Vengo en nombre de Damaji —dijo Vitu—, a quien sirvo. Él ha vendido los cereales de los graneros de su majestad a buen precio, durante una sequía que azotó la región donde él trabaja cobrando impuestos por el usufructo de las tierras. Aquí está el dinero —continuó, abriendo la pesada bolsa y desparramando ante los ojos asombrados del soberano, una verdadera montaña de oro.

—Todo lo que quiero —finalizó Vitu—, es que firme un recibo dando cuenta de que el dinero ha llegado a vuestras manos.

El Rey firmó el recibo y lo entregó a Vitu, quien lo guardó. Y ya al despedirse, clavó sus ojos purísimos en los del soberano. Tanta luz infinita penetró en su corazón, que el mismísimo Rey del día era pálida lamparilla comparada con ese universo de soles que poblaron por un instante el corazón del monarca. ¡Qué maravillosa sensación de bienaventuranza, qué apoteosis de paz y de conciencia perfecta!

Cuando logró por fin salir de su trance, Vitu ya se hallaba lejos. Rompió a correr alocadamente el soberano, olvidado completamente de sus maneras cortesananas. Corría como un niño hacia los brazos de su Madre-Padre, corría como un ciego al cual se le ha prometido la visión, como un sediento de días, ante la surgida esperanza del oasis.

—¡Vitu! —clamaba en su carrera—, ¡Vitu... No eres el sirviente de Damaji, eres Nuestro Mismísimo Señor, quien, movido por el amor de Tu siervo, has venido a pagar su deuda...! ¿Y cómo puedo pagar yo la mía? ¿Cómo pagar por el crimen que estaba próximo a cometer, esto es, dar muerte a una criatura humana que había actuado por amor sin que le importaran las consecuencias?

En su carrera enajenada, y como en estado de éxtasis, dio con la formación de soldados que traían a Damaji a su presencia.

—Tu siervo Vitu —dijo el Rey con voz entrecortada por el llanto—, ha pagado tu deuda... pero te digo, ¡oh alma bondadosa!, que Vitu jamás ha existido. Ha sido Nuestro Señor quien te ha socorrido y me ha liberado de mi avaricia... Y luego, como pudo, en medio de su emoción, contó lo ocurrido en palacio.

Nunca regresó el soberano a comandar su reino, prefiriendo en vez de eso la Vida Divina y la constante oración.

En un instante, había comprendido con cuánta mezquindad había vivido: tenía una gran deuda con el Amor, y estaba muy bien dispuesto a pagarla.

Es tradición contar en India que ambos, el Rey y Damaji, terminaron sus vidas en el Templo de Vishnu, Nuestro Padre Celeste, alabando día y noche la gloria del Nombre bendito. El

Rey había despertado a la Conciencia Cósmica, había logrado la destrucción de su yo mortal, y por el caminito sagrado de la redención, había sido capaz de arribar a los mismos portales del Cielo...

Del libro Santos y enseñanzas de la India, Ed. Hastinapura
